

10 de Noviembre de 2011

CANTO DE SIRENA

La vio allí, sentada en aquella mesa del rincón de la cafetería, y lo supo. Se quedó de pie, hechizado, mirándola y mirándola hasta que pasados unos minutos algo le hizo tomar de nuevo contacto con la realidad, un contacto suficiente como para que adquiriera el compromiso de hacerla suya. En poco más de unos instantes se había convencido de que aquella rubia de pelo corto era la mujer de su vida. Guiado por la intuición que provenía de su corazón, o de su alma, o vete a saber de qué lugar, y por la determinación que da la osadía se encaminó hacia ella dispuesto a la más contundente declaración de amor que nunca jamás se había hecho. Pensó que lo único que necesitaba era una excusa para sentarse junto a ella, cogerla de la mano, y expresarle cuánto le gustaba y lo felices que iban a ser juntos. Y tan rápido como la encontró se acercó a la mesa.

- Hola, Clara, ¡cuánto tiempo sin verte!
- Perdona -contestó ella mostrando una mayúscula sorpresa en su rostro-, pero yo no me llamo Clara sino Lucia.

- ¡Ah!. Pues se parece usted mucho. Clara es una buena amiga del barrio a la que quiero mucho. Lástima que ella no siente lo mismo. Pero bueno, Lucia, ¿por qué te cuento yo esto? Hablemos de otra cosa. ¿Vives por aquí?
- Sin dar crédito a lo que oía y veía, Lucia le explicó que estaba leyendo una novela y que le gustaría acabar el capítulo que había empezado y que luego se iría porque tenía que trabajar.
- Y ¿en qué trabajas? -soltó a bocajarro el asaltante de mesas, sentándose en una de las sillas y considerando conquistado el terreno enemigo.
- Trabajo en una empresa que se dedica a cuidar a los niños de los papás que vienen al centro comercial de aquí al lado a hacer compras, o ir al cine, o, simplemente, a quitárselos de encima por un rato. Me disfrazo de sirena y así paso la jornada. Otras veces también me disfrazo de Charlot, pero a mí el de sirena es el traje que más me gusta. Pero me gustaría acabar el capítulo, ¿te importa?
- No, ¡qué va!, pero me quedo aquí viéndote como lees; es que me gustas tanto... Luego te acompaño hasta el trabajo.

- ¡vaya cara que tienes!, pero vale -dijo ella, guiada únicamente por el deseo de lograr su objetivo y mostrando una sonrisa amplia.

Los minutos que empleó la lectora fueron tan desconcertantes como improductivos. Leía, pero no se enteraba. De cuando en cuando levantaba sus ojos suavemente, sin que se notase, y miraba al acompañante pensando que estaba loca, que cómo le había dejado sentarse, pero sintiendo a la vez algo que otras veces no había notado, que había en él algo que le agradaba más de lo corriente. En este mar de confusión decidió dar por finalizada la lectura y conforme cerró el libro, le dijo al colega ¡Ala, vámonos!

Al llegar al trabajo, se despidieron sin percatarse de que no se habían dado los móviles, pero a él no le importó porque sabía que ella regresaría a la misma mesa, intentaría leer el siguiente capítulo del libro y, con el mismo desparpajo que el día anterior, él intentaría un acercamiento no sólo mayor sino también mejor.

Y lo estupendo del caso era que no le quedaba ninguna duda de que la sirena estaría dispuesta a dejarle que se sentara de nuevo, a que la mirase mientras leía, y a que la acompañase al trabajo.